

HOMILÍA V DOMINGO DE CUARESMA – 2014

CICLO “A”

En domingos anteriores, la Iglesia nos ha propuesto **el signo del agua** -la mujer samaritana- y **el signo de la luz** -la curación del ciego de nacimiento-.

En este domingo, la Iglesia nos propone **el signo de la vida** -la resurrección de Lázaro-. Jesucristo “el cual, hombre mortal como nosotros que lloró a su amigo Lázaro, y Dios y Señor de la vida que lo levantó del sepulcro, hoy extiende su compasión a todos los hombres y por medio de sus sacramentos los restaura a una vida nueva” (Prefacio).

De este modo la Iglesia, como Madre y Maestra, nos acompaña, nos ayuda y nos enseña en nuestro itinerario cuaresmal y bautismal hacia la celebración del Misterio Pascual de Jesucristo.

El Prefacio de este domingo dice: “Cristo se hizo hombre para conducir al género humano, peregrino en tinieblas, al esplendor de la fe; y a los que nacieron esclavos del pecado, los hizo renacer por el bautismo, transformándolos en hijos adoptivos” (Prefacio).

1.- Las Lecturas

*** Profeta Ezequiel 37, 12-14.** Israel vivía en cautividad en tierras de Babilonia. El exilio fue para él como una tumba. Era preciso salir de ella y regresar como un pueblo nuevo a su patria. El profeta anuncia la reconstrucción de Israel y proclama una vida nueva para el pueblo de Israel. Dios no abandona a su pueblo: “infundiré mi espíritu y viviréis.

*** Salmo Responsorial 129.** En el exilio, Israel experimentó el dolor, la soledad. En esta situación de sufrimiento, Israel se vuelve a Dios poniendo su confianza en Él porque “del Señor viene la misericordia y la redención copiosa, y Él librará a Israel de todas sus culpas”.

*** Carta de San Pablo a los Romanos 8,8-11.** A causa del pecado, moriremos; pero, gracias al Espíritu, resucitaremos. Si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en el cristiano, un día lo resucitará de entre los muertos. Por eso vivamos en gracia de Dios y con esperanza, sin dejarnos llevar nunca del pesimismo. Dios no nos abandona en la cuneta de la historia.

*** Evangelio según San Juan 11,1.45.** Lázaro, amigo de Jesús, ha muerto y lleva ya tres días en el sepulcro. Jesús se acerca a su tumba y lo resucita, le devuelve la vida diciéndole: “Lázaro, sal fuera”. Por el bautismo hemos muerto al pecado y hemos renacido a la vida de la gracia, con la firme esperanza de que un día el Señor nos resucitará de nuestros sepulcros para la vida eterna con Dios.

2.- Sugerencias para la homilía

2.1.- “Yo soy la resurrección y la vida”

Jesucristo no es insensible ante nuestro dolor ni se muestra indiferente ante nuestro sufrimiento.

Jesucristo nos revela y descubre que Él es “la resurrección y la vida”. Estas palabras de Jesús muestran que Él es:

- el manantial inagotable de la vida,
- la fuente donde podemos calmar y saciar nuestra sed de vida, de felicidad, de gozo,
- la clave y el sentido de nuestra vida y trabajo.

Jesucristo es el “Dios-con-nosotros” que no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva.

Jesucristo es el “Dios-con-nosotros” que no quiere la violencia ni la guerra, sino la vida, la paz, la concordia, la fraternidad universal.

Jesucristo es el “Dios-con-nosotros” que no quiere que el ser humano se deje esclavizar por el pecado, la maldad, la iniquidad, sino que viva en la gracia y amistad con Dios.

Jesucristo es el “Dios-con-nosotros” que no quiere que ninguna persona humana sea excluida ni descartada, ni se vea rechazada ni humillada por nadie, sino acogida, respetada, amada, ayudada...

Jesucristo es el “Dios-con-nosotros” que no quiere que ningún ser humano se muera de hambre ni de sed, sino que pueda disfrutar de los bienes de la tierra que Dios ha creado para todos, sin exclusión de nadie....

Jesucristo es el “Dios-con-nosotros” que cura a los enfermos, levanta a los que están caídos, limpia a los leprosos, perdona a los pecadores, resucita a los que han muerto, ofrece su Cuerpo y su Sangre a todos bajo los signos del pan y del vino y muere por toda la humanidad

Jesucristo nos resucitará un día de nuestros sepulcros: “¿crees esto?”. Pidamos al Señor que nos lleve con Él a la región de la luz, de la paz y de la vida eterna.

2.2.- Unámonos a Jesucristo por la fe y el amor

“El que cree en mí, aunque haya muerto vivirá”

Jesucristo es el manantial de la vida, de la gracia, de la misericordia, de la paz, de la alegría de Dios para todos los hombres y

mujeres de todos los tiempos. Por eso acerquémonos a Jesucristo con humildad y confianza, con gozo y esperanza para saciar y calmar en Él nuestra sed de vida y de felicidad, de gracia y de paz. Él nos ha dicho: “Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera” (Mt.11,28-29). Jesucristo nos espera con los brazos abiertos. La oración litúrgica expresa esto mismo con palabras entrañables dirigidas al Señor:

“Pero ¿cómo te digo que me esperes,
si estás, para esperar, los pies clavados?”.

Renovemos nuestra fe en Jesucristo, dejando atrás la rutina, la inercia y el cansancio, que pueden llevar al cristiano a perder la fe en Jesucristo. Digamos al Señor lo que le dijo San Pedro:

“Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios” (Jn.6,68-69).

Reavivemos nuestra confianza en Jesucristo que un día nos despertará del sueño de la muerte y nos resucitará a una vida nueva y eterna en el reino de los cielos donde veremos a Dios y seremos inmensamente felices por toda la eternidad. Por eso el autor de la Carta a los Hebreos dice:

“No perdáis ahora vuestra confianza, que lleva consigo una gran recompensa. Necesitáis paciencia en el sufrimiento para cumplir la voluntad de Dios y conseguir así lo prometido” (Heb.10,35-36).

Seamos personas de esperanza. No vivamos como hombres que no saben ya ni a donde dirigir sus pasos ni a donde encaminar su vida.

No pongamos nuestra confianza en los ídolos de este mundo: el dinero, el poder, el placer, la fama...que ni salvan ni liberan.

El autor de la Carta a los Hebreos nos dice: “mantengamos firme la confesión de la esperanza, pues fiel es el autor de la Promesa” (Heb.10,23). Recordemos siempre que “no tenemos aquí ciudad permanente, sino que andamos buscando la del futuro” (Heb.13,14). No nos dé vergüenza confesar y manifestar ante los demás nuestra fe y nuestra esperanza en el Señor.

2.3.- El que está vivo y cree en mí no morirá para siempre

Estas palabras luminosas de Jesús inundan de esperanza nuestros corazones. La muerte no es el final del camino ni el abismo de aniquilación ni de la nada para nadie. La muerte no es la última palabra sobre la vida y la historia de ningún ser humano.

El que cree en Jesucristo y vive en Él y desde Él no morirá para siempre; resucitará para la vida eterna que Dios le dará.

El Concilio Vaticano II nos ofrece esta enseñanza maravillosa y esperanzadora:

“Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad. Cristo resucitó, con su muerte destruyó la muerte y nos dio la vida para que, hijos en el Hijo, clamemos en el espíritu: ¡Abba, Padre!” (GS 22).

Prosigamos celebrando la Eucaristía, en la que recibimos a Cristo, hacemos memoria de su Pasión y se nos da una prenda de la futura gloria.

Unidos en la plegaria.

Cáceres 31 de marzo de 2014.

Florentino Muñoz Muñoz